

**RAFAEL ALTAMIRA: POLÍGRAFO EMINENTE,
HISTORIADOR Y EDUCADOR**

LUIS MAYOR
Universidad de Valencia

I. INTRODUCCIÓN

La presente comunicación trata de rescatar la figura de Rafael Altamira Crevea (1866-1951) del relativo olvido en que se encuentra. Sus múltiples contribuciones, en opinión de muchos, no han recibido todavía la atención que merecen. Pese al reconocimiento intelectual de que gozó en su tiempo y a la voluminosa bibliografía que han suscitado sus actividades y publicaciones, algunas líneas de trabajo importantes, de las muchas que desarrolló, antes y después del exilio, siguen siendo desconocidas o ignoradas.

Este trabajo se propone identificar los ejes y principales aportaciones de su trayectoria intelectual que, a nuestro juicio, le hacen ocupar un lugar en la historia de la psicología española contemporánea.

II. MOMENTOS IMPORTANTES DE SU VIDA Y OBRA

Rafael Altamira nace en 1866 en Alicante, ciudad en la que transcurre la primera parte de su vida. En su familia de burguesía media ilustrada, recibe una educación cristiana. Está también abierto en sus años jóvenes a un ambiente favorable a las ideas republicanas y a la tolerancia, impulsado por los políticos, la masonería y las tertulias culturales de la localidad.

Cursa el bachillerato en el Colegio de San José, adscrito como otros colegios privados, al Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, el cual contaba con una rica biblioteca de la que Altamira dispuso. Destacaron entre sus profesores Blas de Loma Corradi (1825-1902) y Manuel Ausó (1814-1891): el primero, le iba a inculcar sus profundas aficiones literarias, el segundo, doctor en Medicina por la Universidad de Barcelona, había fundado en 1868 la Sociedad de Estudios Psicológicos de Alicante.

Pero para Altamira, fuera de algunos profesores como los citados, no fue especialmente interesante su primera educación académica. Va a ser posteriormente, al iniciar en la Universidad de Valencia su preparación jurídica, cuando reciba las orientaciones más valiosas por parte de unos excelentes profesores universitarios entre los que se encuentra el grupo de krausistas, hecho éste que va a ser decisivo para su formación intelectual y humana.

Antes, completará su formación frecuentando las nutridas bibliotecas de varios de sus familiares. Altamira muestra un claro interés por las ciencias físicas y naturales. Esta mentalidad positiva está presente en su modo de abordar los temas ya desde sus primeros escritos y publicaciones (1878-1882): la marcha de la civilización, el estudio de las religiones o las novelas "psicologistas" sobre el "egoísmo" o el "amor propio que tanto vale".

Publicó su primer trabajo en *La Ilustración Alicantina*, revista manuscrita que confeccionaba con otros compañeros y después, ya a través de la imprenta, en muchas otras: *La Antorcha* (también de Alicante), *El Mediterráneo*, "Revista científico-literaria y de intereses materiales" (Vinaroz), *La Ilustración Valenciana* (Valencia) y *La Ilustración Ibérica* (Barcelona). Esta temprana afición literaria le llevaría después a trabar amistad con Blasco Ibáñez con quien se propone escribir una novela titulada "Romeu el guerrillero" que sólo llegó a contar con un capítulo, hecho por Blasco. Su acusada sensibilidad artística fue, sobre todo, una influencia de su madre; más tarde, en Valencia, se hará amigo de Joaquín Sorolla. Su padre, un músico militar de orientación liberal, le abre al mundo de la música desde la niñez.

Altamira se relacionó con muchas otras personalidades españolas e internacionales de primer orden que desarrollan su actividad artística y científica en la época, como Marcelino Menéndez y Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Miguel de Unamuno o Ernest Renán.

En lo sucesivo, su dedicación va a versar sobre muy variados temas: La historia de España y la colonización, la enseñanza de la historia, la metodología de su investigación, el derecho, la crítica literaria o el periodismo. De todas las áreas a las que se dedica, nos interesa sobre todo destacar la de la Historia, su enseñanza y las técnicas metodológicas de investigación y, más en particular, su obra psicológica y sus aportaciones, en número mayor, sobre la pedagogía y su aplicación social. Sobre ellas hemos de volver tras describir, siquiera sucintamente, las cuatro etapas claves de su vida:

- 1ª Años de formación. Inicio de su relación con la Institución Libre de Enseñanza (ILE). Viaje a América: 1866-1910.
- 2ª Desempeño de la Dirección General de Primera Enseñanza: 1911-1913.
- 3ª Años de guerra: 1914-1944.
- 4ª Exilio en México: 1945-1951.

Años De Formación. La Institución Libre De Enseñanza. Viaje A América

En Valencia, prosigue su educación literaria y científica, leyendo a Zola, Galdós, Clarín..., al tiempo que los estudios de astronomía de C. Flammarion y las ideas evolucionistas de Herbert Spencer y Charles Darwin, entre otros. La colaboración de este último con la ILE, de la que fue "profesor honorario", sería una muestra más de la apertura de la Institución a las corrientes renovadoras en los campos de la ciencia y el pensamiento.

En 1886, ya en Madrid, entra en contacto con Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, que le dirigirá su tesis, Nicolás Salmerón, Manuel Bartolomé Cossío, J. Costa y otras grandes figuras de su tiempo. De todos ellos quienes más le influyen son Giner, sobre todo, y Costa, maestro, compañero y amigo de Altamira quien se integra así en la ILE donde va a desarrollar una gran actividad. Aunque da clases como auxiliar en la cátedra de Giner de los Ríos, pronto comienza a dedicarse a la pedagogía teórica y práctica e inicia en el Museo Pedagógico Nacional su importante labor. También la metodología didáctica y la investigación de la historia acaparan progresivamente la atención del Altamira científico.

En 1897 se incorpora como catedrático de Historia del derecho a la Universidad de Oviedo, donde se compromete con otros miembros de la ILE en una doble tarea: la renovación metodológica de las ciencias y la extensión de la cultura a la clase obrera. El desarrollo de la *Extensión Universitaria* será una experiencia útil para la constitución, en 1907, de la *Junta para la Ampliación de Estudios*. La Residencia de Estudiantes de Madrid fue otra de las vías de expansión de la ILE al ámbito universitario. Durante su estancia y trabajo en Oviedo es cuando Altamira da a luz sus mejores trabajos: crítica, historia, traducciones, obras literarias originales y sus estudios psicológicos *Psicología del pueblo español* (1902) y *Psicología y literatura* (1905).

Antes de ocupar la cátedra de Instituciones políticas y civiles de América en la Universidad de Madrid, realizará un viaje a América (1909-1910) y se pondrá al frente de la Dirección General de Primera Enseñanza (1911-1913). Delegado por la Universidad de Oviedo y la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid, visita distintos países (Norteamérica, Argentina, Chile, Uruguay, México, Cuba, Perú) en los que desarrolla una actividad muy intensa: cientos de conferencias, varios cursos universitarios e innumerables contactos institucionales que le valen a su vuelta un recibimiento popular multitudinario y el máximo prestigio en Europa como americanista.

Desempeño de la dirección general de primera enseñanza

Al regreso de este periplo, Altamira es nombrado en 1910 Inspector General de Enseñanza y un año después acepta, por consejo de Francisco Giner de los Ríos, el cargo de Director General de Primera Enseñanza. Desde esta Dirección General Altamira lleva a cabo, bajo la inspiración de los principios educativos de la ILE y su ideal regeneracionista, una importante tarea de modernización de la enseñanza básica en España a través de la reforma de los estudios de Magisterio, la renovación de la inspección, la mejora de las condiciones materiales de la escuela y de la remuneración de los maestros, la dotación de bibliotecas y experiencias psicopedagógicas tan novedosas como la "escuela jardín" y la "escuela al aire libre", en las cuales se puede ver la influencia de aquellas excursiones por la huerta a las que Eduardo Soler atribuía un gran valor educativo y que evocarían años más tarde el mismo Altamira, en su *Ideario Pedagógico*, y Azorín en su libro *Valencia*.

Años de guerra: 1914-1944

Esta tercera etapa incluye los años de la primera Guerra Mundial (1914-1918), su trabajo en el Tribunal de La Haya (1919-1930), del que es nombrado en 1921 Juez Permanente, su intensa labor pacifista (1931-1936) y su vivencia de la posguerra española y posterior conflicto europeo (1936-1944). Durante este período, en el que sigue desarrollando su labor docente y de investigación en España y en varios países europeos, Altamira consolida su inmenso prestigio y su proyección a nivel internacional.

Exilio en México: 1945-1951

Además de eminente jurista, Altamira fue una figura internacional de la política y de la cultura reconocida por sus esfuerzos para lograr la paz entre los pueblos, por restablecer los lazos con los países americanos y por su función en el Tribunal Internacional de la Haya y en la gestación de la Sociedad de Naciones. Por todo ello, según reza el documento que le postulaba, fue propuesto para el premio Nobel de la Paz en 1951 "por sus actividades educativas como Director General de Enseñanza Primaria en España y conductor de la lucha contra el analfabetismo, por su difusión universalista de ideas nobles y elevadas en pro de la Humanidad, por el alto prestigio que goza dentro y fuera del mundo hispánico, por su rectitud de carácter y su fe en el porvenir de un mundo sin guerra". Estas palabras, más allá de su finalidad protocolaria, señalaban efectivamente algunos de los numerosos méritos que concurrían en nuestro autor.

Rafael Altamira pasó sus últimos años en México, donde falleció en 1951 tras realizar importantes aportaciones intelectuales. La fecha de 1936 supuso para su vida, como para la de tantos otros españoles, un cambio decisivo. La guerra civil, como reconocía en una de las notas que dejó escritas, fue para él una experiencia traumática que le llevó a cuestionarse la fe en la civilización y el optimismo que sobre el futuro de su país había mantenido hasta entonces.

Su quehacer vital, en suma, le inscribe en la vieja tradición ilustrada, tolerante y pacifista. Altamira recibe muchas influencias pero de todas ellas va a ser especialmente importante su formación humanista y, sobre todo, krausista, cuyo análisis es indisoluble del estudio de sus escritos psicológicos y pedagógicos.

III. SU OBRA PSICOLÓGICA Y PEDAGÓGICA

Los intereses culturales y científicos que mueven a Altamira son, como hemos visto, sorprendentemente numerosos y variados. Pero esta diversidad, lejos de responder a una dispersión de los planteamientos remite a una misma preocupación que recorre toda su obra: su ideal regeneracionista y su actitud positiva hacia el futuro, asentados sobre su confianza en la educación como instrumento de progreso y de transformación social. Esta disposición de Altamira le entronca con el ambiente intelectual krausista que le influiría de modo tan sustancial a lo largo de toda su vida.

Caracterizaba al grupo krausista su talante científico abierto a Europa y su gran interés en el desarrollo de la ciencia experimental. Gracias a ellos encuentra en España la psicología científica. El contexto en que se sitúa el interés de personajes como Altamira por la nueva psicología es un proyecto de regeneración, de reforma de España, basado en la educación, crítico y europeísta. Altamira bebe desde su juventud en la misma fuente que aquellos españoles que "nacidos en un país alejado de la ciencia y de la modernidad, querían reformar la sociedad, introducir una moral laica rigurosa y no perder por ello el fundamento filosófico de su visión del mundo" (Carpintero, 1994, 120).

En el caso de Altamira, su vinculación a la Institución Libre de Enseñanza y a sus distintas actividades fue temprana. A la cabeza de los krausistas de la Facultad de

Derecho de Valencia figuraba Eduardo Soler y Pérez (1845-1907), autor de las *Lecciones sumarias de psicología*, en colaboración con Francisco Giner y Alfredo Calderón, que fue en palabras de Altamira "el primer hombre que contribuyó hondamente a formarme". Junto al valenciano Soler (nacido en la Vila Joiosa), un salmantino, Eduardo Pérez Pujol, dos madrileños, José Villó y Ruiz y Alfredo Calderón y Arana, y un asturiano, Aniceto Sela y Sampil, conformarían la nómina más homogénea y ortodoxa del grupo krausoinstitucionista valenciano (Blasco, 1982).

La influencia que sobre Altamira ejercen Pujol, Villó y, sobre todo, Soler fue grande. A través de éste conoce la *Analítica* de Sanz del Río, los escritos de Ahrens y Tiberghien, discípulos directos del pensador de Eisenberg, los de Urbano González Serrano, la *Introducción al siglo XIX* de Gervinus, el *Boletín de la ILE* y la obra de Giner de los Ríos.

En el Madrid de 1866 entra en contacto con un ambiente intelectual liberal-progresista y se relaciona con Giner, Cossío, Gumersindo de Azcárate (presidente de la Institución tras la muerte de Giner), Joaquín Costa, Leopoldo Alas "Clarín", Posada, Buylla, Nicolás Salmerón, Galdós y otras destacadas figuras de su tiempo.

De todos ellos fue sin duda Giner quien más le influyó. En su *Biografía intelectual y moral de Don Francisco Giner de los Ríos* lo que Rafael Altamira dice admirar más en él es su ética y su rigor, la "honradez del científico". En esta influencia de Giner encuentra Altamira cierta conciliación del positivismo y otras tendencias del racionalismo y, en algunas cuestiones concretas, le sigue puntualmente. Así, por ejemplo, Giner ve como un exceso que las religiones positivas formulen sus dogmas sobre lo absoluto (Carpintero, 1994) y Altamira plantea, por su parte, la necesidad del estudio comparativo sistemático de las religiones desde una perspectiva diríamos "moderna": la distinción entre verdaderas y falsas es -dice- "un punto de vista mezquino y hasta poco seguro". Hay que recurrir a la "observación concienzuda" y a la filología comparada ("El Mediterráneo", 1882).

Muestra también de su vinculación a la ILE son los 88 artículos que publica Altamira en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* sobre un amplio repertorio de temas (cfr. Esteban, 1978), siempre con la hondura de su compromiso ético y su gran preocupación por el rigor. Varios de estos artículos versan sobre los propios principios de la ILE y sus figuras principales: Giner de los Ríos, Azcárate.

Pero el peso del krausismo en la formación de Altamira, no se produjo sin la criba de su visión personal y una cierta actitud crítica: Krause -escribiría- "tiene en su sistema mucho aprovechable", (aunque) "no fue un genio como Kant y Hegel", "ni es tan excelso como pretenden sus fanáticos...". En el mismo escrito, distingue Altamira en el krausismo tres corrientes: "la pura alemana (Krause-Boeder-Casus), la belga francesa (Tiberghien, Ahrens), /.../ siempre más literaria que rigurosamente científica, y la española que tiene originalidad propia, como puede verse en la Psicología. Pues bien, el problema de la libertad puesto por Tiberghien -concluye- es irresoluble y choca por completo con la teoría nuestra positiva de los *motivos de obrar* (subrayado por Altamira) y la fuerza del medio ambiente y social. Giner ya la *expone racionalmente* y más aún Sanz del Río /.../" (Carta a Pascual Soriano, 29-XII-1885).

La obra psicológica y pedagógica de Altamira es, queda ya apuntado, una plasmación del ideal regeneracionista y de la influencia krausista. La ILE, como es sabido, fue fundamentalmente un movimiento pedagógico.

Desde su traslado a Madrid, se evidencia en Rafael Altamira un interés cada vez mayor por la teoría pedagógica y sus aplicaciones sociales. En el Museo Pedagógico Nacional, del cual es director M. B. Cossío, desarrolla una gran tarea y en 1888, al tiempo que la dirección del Boletín de la ILE, desempeña en el mismo el cargo de secretario segundo. El Museo se proponía el objetivo de impulsar la reforma de la enseñanza a través de la investigación de nuevos métodos y modelos didácticos, para lo cual dispuso de laboratorios de Antropometría, Psicología Experimental y Física y Química, junto a las instalaciones y materiales específicos de Pedagogía. Al aumentar la dotación de personal, Simarro pasaría a ser el profesor encargado del laboratorio de Pedagogía.

Como para la ILE, la educación es para Altamira el punto de partida de la reforma, siguiendo los sugerentes principios educativos de J. H. Pestalozzi (1746-1827) y F. W. A. Fröbel (1782-1852). Su *Ideario pedagógico*, publicado en 1923 en Madrid por la Editorial Reus, es el principal exponente de estos principios.

Dado que la vertiente pedagógica ha recibido mayor atención de los estudiosos (cfr., por ejemplo, la monografía de Palacio, 1986), dedicaremos las siguientes líneas a algunos aspectos más directamente psicológicos.

Según Rafael Altamira, la Psicología es una clave particularmente importante para conocer la cultura y la historia. Esta idea está muy presente en su concepción de la historia en general y, en particular, de la historia de España.

La *Psicología del pueblo español*, publicada en Barcelona en 1902, pero más conocida en su segunda 2ª edición, "corregida y muy aumentada", de 1917, muestra cierta influencia de las ideas de Gustave Le Bon y de la *Psychologie des sentiments* de Ribot. Inspiran en parte esta obra, que iba a ser conocida y traducida en varios países. Fichte y Taine, sobre todo el primero. Pero resulta interesante señalar que en el prólogo de la traducción (1899) de *Discursos a la nación alemana* (1807), Altamira señala sin ambages los peligros que entrañan las ideas de Fichte en cuanto a la exageración chovinista y la exaltación de la raza alemana, y atempera su imperialismo patriótico relacionándolo con su juventud.

Las numerosas citas que realiza Altamira en los prólogos y a lo largo de los seis capítulos y los Apéndices bibliográficos de su obra, evidencian la medida en que conoce las corrientes psicológicas fundamentales. Naturalmente, analizada desde los principios paradigmáticos actuales de la Psicología social (cfr., por ejemplo, Montero, 1994), esta obra no resistiría bien una mínima crítica científica, pero en el contexto socio-histórico en el que surge supone una visión muy apreciable. La *Psicología del pueblo español* no resulta ser así un estudio "científico" y convendríamos en que en ella el análisis se halla deformado por un uso de la ideología falseador, ocultador de la

realidad, que busca la explicación de lo que ocurre no en causas estructurales sino en factores ideológicos y morales. El enfoque de Altamira puede considerarse, por ello, "psicologicista".

Como ha visto Asín (1987), ante el desastre colonial del 98, la impotencia política y la crisis de identidad de la pequeña burguesía española de ese momento, la ideología regeneracionista se asienta sobre dos puntales: (a) El acercamiento al mundo obrero procurando elevar su educación (la ILE aborda también la "cuestión femenina", puesta en el primer plano formalmente por la revolución burguesa de 1868) y (b) la valoración de los problemas en clave de la "psicología nacional". El primero de estos puntales va a constituir el eje de sus esfuerzos por conectar la Universidad con la sociedad y por renovar la enseñanza primaria desde su cargo de Director General. Aunque Altamira no militó en ningún partido político y logró, aconsejado por Giner de los Ríos, que su función fuera considerada, al menos en teoría, puramente técnica, fue objeto de los despiadados ataques de la derecha, para la cual Altamira fue uno más de los "antiespañoles de la Institución". El segundo puntal, la "explicación" de los problemas a través del mito de la "psicología nacional" se refleja en obras como su *Psicología del pueblo español* y en otros muchos escritos de Altamira que tienen en el regeneracionismo su *leit-motiv*.

Ahora, tras el hito de 1898, Altamira aún puede desplegar el ideal regeneracionista del "bien patrio", frente al pesimismo de A. Schopenhauer y otros regeneracionistas, con una mentalidad positiva y optimista. Más tarde, con la guerra civil y la posterior guerra mundial se apoderará de Altamira un amargo pesimismo porque quizá no acaba de entender la situación pero capta perfectamente las consecuencias internacionales de la guerra española. La frustración y la desesperanza, sin embargo, como ha subrayado Asín (1987), no le llevan a abdicar de su posición ética: su dignidad personal le impedirá volver definitivamente a España. Como hemos dicho, Altamira morirá en México a la edad de 85 años, bastantes años antes de la recuperación de la democracia.

Altamira desarrolla sus ideas igualmente a través del estudio de la literatura y el arte en obras como *Arte y realidad*, que le publica en Barcelona en 1921 la Editorial Cervantes y *Psicología y literatura*, publicada también en Barcelona en 1905.

IV. ALTAMIRA HISTORIADOR

La dedicación activa de Altamira a la política y al derecho, y su fecundidad como polígrafo, probablemente han sido los factores que han tendido a oscurecer otras facetas de su vida, entre ellas también su importante labor como historiador.

A Giner, que trató de apartarle de la política, le debe Altamira su dedicación a la historia, que le llevó a la docencia, a ocupar cargos de representación y a editar importantes revistas de crítica histórica. Cuando comienzan a funcionar la Academia Internacional de Derecho Comparado y el Comité Internacional de Ciencias Históricas, es elegido Presidente de la Conferencia Internacional para la Enseñanza de la Historia.

El estudio y enseñanza de la historia estuvieron siempre entre sus intereses principales. Su preocupación metodológica y didáctica está presente, por ejemplo, en

su crítica directa a las clases magistrales, esas "conferencias -en sus propias palabras- en que el profesor relata, durante la hora u hora y cuarto de clase, los hechos que juzga de interés en cada período o asunto" (*La enseñanza de la historia*, 1891). En el Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano (Madrid, 1892), en el que participan también Cossío, Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Sela, Posada, Soler, entre otros, presenta Altamira una ponencia sobre "Asociaciones escolares" entre cuyas conclusiones figura ésta: "Se preferirá siempre, a las discusiones académicas y retóricas la lectura de libros modernos, las conversaciones familiares científicas, las excursiones y las conferencias prácticas con experimentos, procurando, en todo caso, ahogar los excesos oratorios".

En 1890 el Museo Pedagógico le envía a París donde estudia Historia y Pedagogía y asimila una actitud científico-positiva. Obras como *La enseñanza de la historia* (1891) y *La historia de España y de la civilización española* (1900) suponen una posición de avanzada en cuanto a la metodología histórica. Altamira desarrolla en ellas una concepción omnicomprensiva de la historia caracterizada por su modernidad, aunque mantiene siempre la importancia de lo psicológico en el análisis de la totalidad que integra la Historia. Ya en su primer libro *Ensayo de una introducción a la historia de la Humanidad*, manuscrito de 1882 que sigue inédito, incluía unas nociones fundamentales de psicología y lógica. Ahora, como resume Asín (1987), Altamira parte del carácter integral de la sociedad y su interdependencia, conjunción de historia *externa* e *interna*, define también su idea sobre la educación y el punto de partida de una Historia que, con la ayuda de otras ciencias como la Sociología y la Psicología e incorporando la Economía, las Instituciones, la Cultura y todo cuanto forma parte de esa idea de totalidad, pueda contener todos los elementos y *causas* de la sociedad. Altamira busca la semejanza de modelos, afianza la necesidad de ciencias auxiliares de la historia, la utilización de la literatura y el análisis de la psicología de los grupos. El concepto de *intrahistoria*, por ejemplo, lo obtiene de Unamuno; otras veces se vale de la obras de Galdós, Costa o incluso Antonio Machado.

Se plantea también cómo depurar la información presente en los archivos, que casi siempre están organizados de una manera sesgada, y define el valor social del conocimiento histórico -éste es el título del Discurso de su ingreso en la Real Academia de la Historia- como imprescindible en la formación de un *espíritu público*. Por tanto -concluye Asín (1987)- su función principal es educativa.

V. CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo se ha puesto de manifiesto la importancia clave que la Psicología tiene, según Altamira, para conocer la cultura y la historia. Esta idea la ha incorporado a su concepción de la historia y, en particular, a su visión de la historia de España.

Su legado psicológico no es comparable al fuste de los grandes autores de la psicología de origen krausista como Urbano González Serrano, ni tiene tampoco la profundidad y ambición de los discípulos de Giner o Simarro. Quizá su dedicación prioritaria a las funciones jurídico-políticas fue lo que le impidió desarrollar una labor psicológica más sistemática. Altamira es por ello, si se quiere, una figura menor desde la perspectiva de la psicología.

Con todo, Altamira es un personaje interesante y un nombre a tener en cuenta en el campo del pensamiento de la época. Su notables aportaciones a la pedagogía y sus ideas psicológicas y pedagógicas constituyen una apreciable contribución a la cultura de su tiempo y al enriquecimiento del ambiente intelectual en el que iba a germinar la nueva psicología española.

REFERENCIAS

- ALTAMIRA, R. (1902, 1917). *Psicología del pueblo español*. Barcelona. Editorial Minerva; 2ª edición "corregida y muy aumentada".
- ALTAMIRA, R. (1914). *Programa de Gobierno para la Enseñanza Primaria Nacional*. Madrid. Establecimiento Tipográfico de Felipe Peña Cruz. 32 páginas.
- ALTAMIRA, R. (1921). *Arte y realidad*. Barcelona. Editorial Cervantes.
- ALTAMIRA, R. (1923). *Ideario pedagógico*. Madrid. Editorial Reus.
- ASIN, R. (1987). *Rafael Altamira (1866-1951)*. Alicante. Instituto de Estudios Juan Gil Albert.
- BLASCO, J. A. (1982). *El krausisme valencià*. Valencia. Institució Alfons el Magnànim.
- CARPINTERO, H. (1994). *Historia de la Psicología española*. Madrid. Eudema.
- ESTEBAN, L. (1978). *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza. Nómina bibliográfica (1877-1936)*. Universidad de Valencia.
- MONTERO, M. (coord.) (1994). *Construcción y crítica de la Psicología social*. Barcelona. Anthropos. Sobre todo, véanse los capítulos titulados: "Un paradigma para la Psicología social. Reflexiones desde el quehacer en América latina" y "Una mirada dentro de la caja negra: la construcción psicológica de la ideología", ambos de M. Montero.
- PALACIO, I. (1986). *Un modelo de regeneracionismo educativo*. Alicante. Publ. de la Caja de Ahorros Provincial.

Nota. Debo agradecer al Prof. León Esteban Mateo sus sugerencias y su generosidad al poner a mi disposición importantes materiales originales de R. Altamira.